

ble. Encarnaba aún los símbolos de la izquierda, su patrimonio sobre la historia, pero de un modo más joven, más enérgico, sin miedo a la empresa —el candidato recalcó muchas veces su condición de pequeño empresario—, más desinhibidamente competitivo, desenfadado y “farandulero” (su esposa es una famosa presentadora de televisión). La memoria de los muertos, la ambición de los vivos, el color y la orfandad, el mundo de los disléxicos y los raros a los que contra todo pronóstico les ha ido demasiado bien.

El electorado chileno, ideológicamente confuso, es más orgulloso de lo que cree. Un electorado que quisiera aún, en un recoveco de sí mismo, creer en algún sueño colectivo pero que en el fondo también quisiera sin pudor declarar su éxito, sus propiedades, su dinero. Un electorado en dilema, aún atado al pudor de sus padres, aún agradecido de lo que la Concertación hizo por ellos, pero que se sintió de alguna forma obligado a votar por el cambio más alegre, más vivaz, menos complicado que le proponía Piñera. Un par de miles de votos que hasta el final intentó plantear sus dudas, no en torno a los símbolos, en torno a la historia, pero que terminaron por rendirse al vértigo del presente. —

— RAFAEL GUMUCIO

## VENEZUELA

### LA REVOLUCIÓN EVAPORADA



La escena transcurre de la siguiente manera: en uno de sus programas dominicales, en el centro de Caracas, el presidente Chávez, acostumbrado ya a gobernar desde la televisión, de pronto decide (o parece decidir, o simplemente finge tomar la decisión ahí mismo, de forma repentina) expropiar cuatro edificios que rodean la plaza Bolívar de la ciudad. Al grito

de “¡Exprópiese!”, Chávez ordenó la confiscación de los inmuebles, argumentando que “no es posible que estos edificios, con tanta historia, con tanto legado de nuestros próceres, estén ocupados por comerciantes. Esto es de todos los venezolanos”.

Se trata de un *sketch* bastante clásico dentro de la programación de este canal que pretende convertirse en el hilo retórico del país. A cuenta de la “revolución bolivariana” se establece un procedimiento que, de manera constante, convierte el pensamiento más cándido y estereotipado del humanismo en símbolo de una nueva nacionalidad. El llamado “socialismo del siglo XXI” pretende trabucarse en una versión rousseauiana de nuestra historia: el hombre es bueno pero el mercado lo corrompe. El discurso oficial está plagado de este tipo de giros, frases redondas, sonoras, latinoamericanamente correctas, que apelan al cliché, al moralismo fácil, y que no soportan un mínimo debate crítico. Ese es otro de los éxitos del chavismo: transformar el lugar común en una ideología.

A comienzos de este año, ante el parlamento, en un acto de presentación de la memoria y cuenta de su gestión durante 2009, Chávez, con cierta teatralidad, dijo: “Por primera vez lo admito: asumo el marxismo [...] lo asumo y lo asumo, y yo cuando asumo, asumo. Asumo el marxismo. Lo asumo.” Y luego, además, añadió: “Como asumo el cristianismo, como asumo el bolivarianismo, el martianismo, y el sandinismo, y el sucristo y el mirandismo.” Un poco más tarde reconoció que no conocía demasiado las teorías de Marx, que apenas un mes antes había comenzado a leer por primera vez *El capital*. Sin embargo, esto no impidió que afirmara que “el marxismo sin duda que es la teoría más avanzada en la interpretación, en primer lugar científica de la historia, de la realidad concreta de los pueblos, y luego el marxismo es sin duda la más avanzada propuesta hacia el mundo que Cristo vino a anunciar hace más de dos mil años: el reino de Dios aquí en la Tierra, el reino de la igualdad, el reino de la paz, del amor, el reino humano”.

Pero todo este amasijo, pintado de izquierda, le está permitiendo a Chávez, y a la nueva élite que crece a su alrededor, consolidar un proyecto de poder que busca controlar de manera absoluta la sociedad venezolana. Poco a poco, pero de forma constante, el gobierno ha venido desmontando la institucionalidad del país. Es un programa que cada vez se clarifica más y parece más decidido a realizar un *remake* del libreto cubano. Lo que Castro logró, con represión brutal y censura, hace más de cincuenta años, lo intenta hacer ahora Chávez, amparado en la riqueza petrolera, en su carisma mediático y en la debilidad de sus adversarios. Los métodos se han sofisticado, los sistemas de legitimación se han vuelto más flexibles y más confusos. Pero la voluntad, autoritaria y militarista, es idéntica. Está intacta.

A comienzos de febrero de este año, y aun en contra de los sondeos de opinión que sostienen que la mayoría de los venezolanos quiere que haya diálogo, el presidente Chávez afirmó que no hay “reconciliación” posible con la “oposición”. Le ha propuesto al país una batalla final “contra el capitalismo” y a favor de la “independencia”. El destino divino de la historia dicta que Chávez está señalado para terminar con la faena que inició Simón Bolívar: superar definitivamente “la lucha de clases”. El comunismo parece ser nuestro bicentenario.

Desde esta perspectiva habría que leer los movimientos que ha venido haciendo el oficialismo en este comienzo de 2010. El parlamento aprobó una reforma parcial de la Ley Especial de Acceso a las Personas de los Bienes y Servicios (Indepabis) que le da la posibilidad al gobierno de realizar expropiaciones *express*, que lo faculta para intervenir de inmediato cualquier empresa privada. Igualmente, cumpliendo una petición directa del primer mandatario, también se prepara un Código de Ética que permita sancionar a los diputados que, una vez en ejercicio, tengan posturas distintas a la línea oficial o decidan cambiarse de partido. En un terreno más frontal, pero también dentro de esta misma lógica, podrían leerse otras acciones, como el cierre definitivo de Radio Caracas Televisión, la represión abierta a las manifestaciones estudiantiles o la llegada del comandante cubano Ramiro Valdés, con la supuesta misión de enfrentar la terrible crisis eléctrica que sufre el país. En términos de la

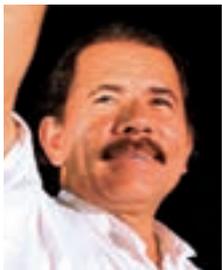
izquierda más artesanal, de la que todavía cree que los procesos históricos se resuelven con un manual de Marta Harnecker, se trata de “desbaratar” el sistema. Es el verbo preciso. Así lo agitó Aristóbulo Istúriz, dirigente del partido de gobierno, al referirse a los objetivos que tienen por delante: “Hay que transformar el Estado burgués en un Estado comunal.” Es una propuesta arriesgada si se toma en cuenta que estamos en un año electoral y que, por primera vez, las encuestas asoman la posibilidad de que la oposición pueda obtener un importante triunfo en las elecciones parlamentarias del próximo septiembre. Chávez ya está en campaña. En el fondo es lo que mejor sabe hacer: ganar elecciones. Es experto en administrar las esperanzas de los pobres mientras sigue concentrando el poder, más poder, alrededor de su persona. Lo demás no importa demasiado.

¡Exprópiése!”, gritó el presidente, señalando uno a uno algunos inmuebles del centro de Caracas. Al día siguiente, sin embargo, se supo que uno de esos edificios era propiedad de la Universidad de Oriente. No se puede volver público lo que ya es un bien público. El espectáculo de la izquierda bolivariana se evapora. La excusa de la revolución es cada vez menos verosímil. —

— ALBERTO BARRERA TYSZKA

## NICARAGUA

### HACIA UNA DICTADURA PERSONAL



Hace algunos diez años Carlos Fernando Chamorro se volvió no solamente un periodista de primer plano, sino también una de las más grandes conciencias políticas de Nicaragua. Conducía hasta hace poco dos emisiones de televisión, *Esta noche* y *Esta semana*, ambas en el Canal 8. Durante quince años estas dos emisiones se convirtieron en puntos de referencia en el

país. Carlos Fernando no estaba exclusivamente al tanto de los momentos políticos significativos de la política nacional e internacional, sino también de los acontecimientos culturales. Como uno puede notar al consultar el sitio [www.estasemana.tv](http://www.estasemana.tv), esta emisión está compuesta de una afortunada mezcla de reportajes, episodios humorísticos, comentarios y entrevistas a personalidades provenientes de todos los linderos políticos y del mundo de la cultura. A excepción de Daniel Ortega y sus allegados, quienes, aunque regularmente invitados, rechazaban ir al programa, el conjunto del mundo político y cultural nicaragüense fue y presentó allí sus puntos de vista, desde Edén Pastora y Humberto Ortega hasta Dionisio Marengo, desde Dora María Téllez hasta Sergio Ramírez, desde Arnoldo Alemán hasta Eduardo Montealegre. Las entrevistas y los debates que tuvieron lugar se caracterizaban por un estilo tanto cortés como incisivo y sin concesiones. Los reportajes también brillaban por su preocupación de no ceder al sensacionalismo y de establecer metódicamente los hechos, así se tratara de

corrupción, de tráfico de maderas preciosas o de dar a conocer los mecanismos del fraude electoral ocurrido durante las elecciones municipales nicaragüenses de noviembre de 2008. Estas dos transmisiones fueron emblemas de los intentos de la *intelligentsia* nicaragüense de crear un espacio público en que no sólo los puntos de vista fueran confrontados unos contra otros sino donde la discusión racional y argumentada permitiera establecer la verdad y resaltar lo que estaba en juego, más allá de los asuntos personales.

Sin lugar a dudas, el proyecto de promover un debate democrático disgustó desde hace mucho a Daniel Ortega. Su regreso al poder en enero de 2007 se tradujo rápidamente en repetidos ataques de los medios oficiales a los periodistas independientes y más particularmente a Carlos Fernando Chamorro. Algunos de estos periodistas fueron destituidos, otros juzgaron más prudente continuar su oficio de caricaturistas desde el extranjero, como Manuel Guillén, quien envía sus dibujos desde Miami. Carlos Fernando y sus colaboradores habían resistido, lo que les valió ser acusados en octubre de 2008 de “actividad ilícita”, un delito que en el derecho nicaragüense no existe, pero que permitió a la policía investigar sus locales y confiscar sus archivos y computadoras.

Después el poder orteguista encontró una mejor “solución”: comprar nuevamente la cadena de televisión, Canal 8, que acogía a *Esta noche* y *Esta semana*. Durante meses Nicaragua estuvo saturada de rumores que anunciaban la noticia. Ahora la cosa hecha está, y de una manera que la vuelve irreversible. ¡El antiguo propietario dejó ver que el contrato que lo ligaba al comprador lo obligaba a no revelar el nombre de la persona que había desembolsado diez millones de dólares para comprar Canal 8! Mejor se comprobó que Telcor, la administración encargada de regular los medios de comunicación, participó en las negociaciones que llevaron a esta compra, no como un árbitro encargado de velar sobre los intereses del público nicaragüense sino como un representante del comprador. En fin, la única persona pública que aparece como el comprador final de Canal 8 no es otra que la Secretaría del Frente Sandinista de Liberación Nacional, es decir, el órgano dirigente del FSLN, que está directamente en manos de Daniel Ortega y su esposa. De ahí la pregunta sin respuesta que persiste hasta la fecha: ¿la confusión entre una administración a cargo de los intereses del servicio público y el partido en el poder, FSLN, está asociada a una confusión entre el partido, su jefe Daniel Ortega y su familia? Los diez millones de dólares desembolsados para la compra del Canal 8 son de origen venezolano y provienen más concretamente de los fondos de cooperación destinados a combatir la pobreza y ayudar a los más desfavorecidos. La prensa nicaragüense y toda una parte de la oposición habían señalado los posibles abusos respecto al uso de una ayuda que fue otorgada por los allegados a Ortega de una manera completamente discrecional. Hoy la politización no es sólo cuestión de la concesión de ayudas a los más desfavorecidos en función de su significante o nula proximidad al FSLN. Los fondos venezolanos sirven como reservas ocultas del régimen y le permiten comprar lo que les plazca; en esta ocasión, el